



**¡BANG, BANG,
ESTÁS MUERTO!
(IV)**

EDICIÓN DE MONCHO ALPUENTE Y LUIS CONDE

La novela policiaca de quiosco ocupó toda una época de la cultura popular de la larga posguerra española, principalmente entre los años cuarenta y sesenta del siglo XX. Para quien desee comprender la sensibilidad de esos años y las preferencias del imaginario colectivo, es imprescindible revisar algo de lo mucho que se publicó en esas décadas.

En esta antología se han reunido cuatro títulos de los miles publicados, con la idea de abarcar las diversas tendencias y generaciones de escritores que fueron muy populares y mantuvieron la afición de millones de lectores. No están todos los que fueron, per sí son algunos de los más estimados y que perduran en el imaginario colectivo. De su calidad y atractivo literario hablan sus textos y así lo podrán comprobar quienes vuelvan a leerlos.

ÍNDICE

Nota a la edición

Han linchado a un negro

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Doce horas para morir

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Las rubias son peligrosas

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

In memoriam

Guía del lector

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Anexo

Encuesta a Francisco Caudet (Frank Caudett)

Encuesta a Antonio Vera (Lou Carrigan)

Encuesta a Juan Gallardo Muñoz (Donald Curtis)

Encuesta a María Victoria Rodoreda (Vic Logan)

Encuesta a Antonio Viader (Alexis Barclay)

NOTA A LA EDICIÓN

La presente obra es el cuarto volumen de los cuatro que conforman la antología de novelas policiacas de quiosco que publicamos. Incluye cuatro de los títulos más representativos que han sido seleccionados por sus editores, Moncho Alpuente y Luis Conde, así como entrevistas realizadas a algunos de los autores de la antología. En los otros tres volúmenes, el lector encontrará nuevos relatos además de las presentaciones de los editores y de Manuel Blanco Chivite.

HAN LINCHADO A UN NEGRO

FEL MARTY
(1959)

En Poplarville, una pequeña ciudad del profundo sur de los Estados Unidos, dos agentes del FBI desentrañarán el caso del linchamiento de un negro acusado en falso de la violación de una mujer blanca. Fel Marty (Félix Martínez) fluctúa entre el racismo y el paternalismo en una trama inspirada en el axioma de que «negros o blancos, todos somos hijos de Dios». «En 1945, afortunadamente, ya no se vivía en la época en la que linchar a un negro carecía de importancia». El agente rubio y una «negrita» vivirán una apasionada historia de amor interracial porque ella «a pesar de la negrura de su piel, era una mujer bonita y atrayente».

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer, joven aún y bonita, entró en el puesto de Policía pálida, con las ropas destrozadas y gritando:

—¡Ha sido un negro, ha sido un negro!

Estaba a punto de desmayarse.

El sargento, un hombretón, acostumbrado a recibir toda clase de quejas y denuncias, se precipitó a coger a la señora Benson, que parecía como si fuese a perder la razón.

—Señora Benson —dijo—. Procure calmarse, y cuéntenos lo que le ha sucedido.

La ofrecieron una silla, y la mujer se sentó. Le daba vergüenza hablar de aquello.

—Ha sido un negro —repitió—. Miren cómo me ha puesto.

Y les enseñó las ropas destrozadas, y las carnes amoratadas por la lucha con su asaltante.

El sargento la entendió, frunció el ceño e inquirió:

—¿Le reconocería, si volviese a verle?

Levantó los ojos a él la señora Benson, y afirmó:

—Claro que le reconocería. Yo venía por el camino Manipul cuando me salió al paso. No había nadie por allí. Estábamos solos. Era un hombre joven —repitió.

—¿Y no le había visto antes?

Negó la mujer con la cabeza. No, no le había visto antes.

—En Poplarville hay muchos negros —aclaró a medias.

Cierto; en la localidad de Poplarville, del estado de Misisipí, había muchos negros, la mayoría descendientes de los antiguos esclavos; pero nunca había ocurrido una cosa semejante a aquélla.

Jamás se había conocido el caso de que un negro abusase de una mujer blanca.

El mismo sargento se indignó.

—Señora Benson —prometió—, tenga la seguridad de que habrá de costarle caro a ese hombre su comportamiento.

Todo empezó de ese modo: una mujer ultrajada, una denuncia en el puesto de Policía y, después, una redada de negros en edad inferior a los treinta años.

El mismo sargento que recibió la noticia, Frank Hedges, se encargó de llevar a cabo la poco agradable misión de coger a los negros por el cuello, pedirles la documentación, y a todo aquel que contaba menos de treinta años y era relativamente corpulento, ponerle en manos de un par de policías y mandarlo para los calabozos del puesto de Policía, como primera providencia.

No es que aquello estuviese muy en consonancia con los derechos ciudadanos de los negros; pero al sargento Hedges no le preocupaba grandemente lo que pudiesen pensar los morenos de él, y menos aún el incumplimiento de las leyes.

Estaba indignado por lo ocurrido a la señora Benson. Estaban indignados él y la mayoría de los blancos de Poplarville.

Se habían corrido las voces de lo sucedido, y todo el mundo hablaba de lo mismo. Había comentarios para todos los gustos. Un clamor unánime había venido a alterar la calma de la ciudad.

Se hablaba de venganzas, de sangre, de odios de razas. Sacaban a relucir la antigua condición de esclavos de los negros.

Y los negros andaban huidizos, sintiéndose esclavizados aún por la oscura pigmentación de su piel.

Domingo Sammon, uno de los peones de los Harrington, un atleta de color, alegre y jovial, se reía de los temores de los demás morenos como él.

¿Por qué habían de temer ellos a los blancos? Si un negro había hecho aquello a la señora Benson, ya le deten-

drían y pagaría sus culpas.

—Han pasado los tiempos en que se nos consideraba seres inferiores —aducía.

La novia, Perla Dowling, una negra igual que él, le esperaba aquella noche, como todas las noches. Por otra parte, temía que fuese a verla. Había oído decir que andaban deteniendo a los negros menores de treinta años, y Domingo no había cumplido los veinticuatro todavía.

Sin embargo, a Domingo, ¿por qué habrían de detenerlo, si jamás había hecho daño a nadie?

Le aguardaba asomándose al balcón a cada instante, esperando verle aparecer por la esquina; pero él no llegaba aún. Se retrasaba.

Perla Dowling, a pesar de la negrura de su piel, era una mujer bonita y atrayente. Aparte de la gracia de sus veinte años, tenía otras que la hacían resultar deliciosa: un cuerpo magnífico, esbelto, de líneas perfectas, y una cara de rasgos tan finos, aunque con ligeras características negroides, que muchas blancas hubiesen querido poseer.

Sus ojos eran enormes y expresivos. Tenía los labios delgados, y la nariz, aunque un poco respingona, le daba un encanto singular al armonioso conjunto de su rostro moreno.

Por eso, Domingo Sammon se había enamorado de ella. Domingo Sammon y algún otro. Por ejemplo, Peter Link.

Pero Peter Link había tenido menos suerte que Sammon, a pesar de ser blanco, propietario de una serrería mecánica en las afueras de Poplarville y tener varias saneadas cuentas corrientes en dos o tres bancos de la localidad.

Y no es que Peter Link fuese un tipo despreciable. Presumía de guapo y poseía una de las espaldas más recias entre la gente moza de la población.

Cierto que Domingo Sammon tenía poco que envidiarle en cuanto a fortaleza física. Una vez, siendo más jóvenes,

Link y Sammon se desafiaron a ver quién vencía al otro echando el pulso.

Peter Link resultó vencido, y era la primera vez que le derrotaban.

—Negro —juró—, me las pagarás.

Sammon le contestó con una risotada. ¿Pagárselas? ¿Cómo? A puñetazo limpio podrían verse las caras cuando quisieran. Como no le atacase a traición...

Link prefirió callarse cuándo se las pagaría, y se marchó de allí, entre las burlas de los que, negros la mayoría, habían visto cómo Sammon le derrotaba honradamente.

Luego surgió lo de Perla Dowling.

Perla Dowling, una chiquilla por aquel entonces, fue creciendo y desarrollándose hasta convertirse en una espléndida mujer, detrás de la que se iban las miradas de la generalidad de los hombres de Poplarville.

Link y Sammon fijaron los ojos en ella, y los dos se decidieron a hablarla casi al mismo tiempo. Perla prefirió a Sammon. Puede que le prefiriese, más que por ser de la misma raza que ella, por su eterna sonrisa, por la vitalidad, un tanto contagiosa, que le caracterizaba.

Peter Link volvió a repetir al negro que se las pagaría, y Sammon volvió a reírse de sus amenazas, y ya no se ocupó más de él.

Domingo Sammon, desde aquel momento, dedicó sus ratos libres a Perla.

Abandonaba el rancho de los Harrington a la caída de la tarde e iba a verla al barrio negro. Una larga caminata, que se daba todos los días con agrado. Al final del paseo estaba ella, su negrita preciosa, como él decía. Un rato de charla y, después, la vuelta al rancho.

Así sería hasta que se casaran...

Para llegar al barrio negro, Sammon había de pasar por el camino de Manipul, un estrecho paso bordeado de exuberante vegetación, helechos y árboles gigantescos.

En el camino aquél había ocurrido lo de la señora Benson. Un lugar apartado y solitario, por donde rara vez se encontraba Sammon con alguien.

Tampoco aquella tarde tropezó con nadie en el camino de Manipul. Como siempre, marchaba con una canción en los labios, y, como siempre, también cruzó la ciudad sin fijarse demasiado en las gentes. Llegó al barrio negro.

Al dar la vuelta a la esquina, vio a Perla en el balcón, más bonita que nunca, o al menos eso le pareció a él. Perla tenía predilección por los trajes blancos, y aquella tarde se había puesto el de encajes, que tanto le gustaba a él.

Con los ojos clavados en el balcón dio la vuelta a la esquina y continuó por la acera.

Perla se quitó del balcón para salir a recibirle. Sammon, contento de vivir, inició una alegre cancioncilla entre dientes.

Estaba alegre. Todo lo alegre que puede estar un hombre, blanco o negro, a los veinticuatro años, sin problemas personales y enamorado de una mujer tan bonita como Perla Dowling.

Se detuvo frente al portal de la casa de Perla y continuó tarareando la cancioncilla.

—¡Eh, tú, a ver la documentación!

No se había percatado de la llegada del sargento Hedges y de los policías que le acompañaban. Volvió la cabeza y les miró, interrumpiendo la cancioncilla.

—¡Hola, sargento! —dijo—. Aquí tiene mi documentación: Domingo Sammon, veinticuatro años, natural de Poplarville, soltero...

El sargento cogió la documentación que le alargaba, la echó un vistazo por encima, miró al negro de arriba abajo, y preguntó:

—¿Dónde vives?

—En el rancho de los Harrington.

Uno de los policías que acompañaban al sargento metió baza en la conversación:

—Sargento —advirtió—, ¿se ha dado cuenta de que para llegar hasta aquí, del rancho de los Harrington, hay que pasar por el camino de Manipul?

Sí, el sargento se había dado cuenta de ese detalle. En lugar de contestar al policía, puso una mano encima del hombro de Sammon, y decidió:

—Quedas arrestado.

Protestó el negro:

—¿Arrestado? ¿Por qué? Yo no he hecho nada malo.

De nada le sirvió protestar. A empujones y entre dos policías se lo llevaron de allí.

Perla Dowling, al salir del portal, vio cómo se lo llevaban los policías. Corrió detrás de ellos.

—Domingo —llamó—. ¿Por qué...?

Se puso delante del grupo y quiso saber el motivo por el que lo habían arrestado.

El sargento la quitó de en medio de un empujón.

—Fuera —gruñó—. Fuera, no estorbes.

Domingo Sammon sonreía aún. Tenía la conciencia tranquila y no le importaba que se lo llevaran arrestado. Él no había hecho daño a nadie. Pronto volverían a ponerle en libertad.

—Vete a casa —dijo a su novia—. Ya verás qué pronto se aclara todo.

Se echó a un lado y les dejó paso. Domingo Sammon volvió la cabeza y la sonrió. Ella no reía, las lágrimas se le venían a los ojos, y una congoja horrible le aprisionaba el pecho.

Estuvo allí, mirándole, hasta que se perdieron en la lejanía, hasta que ya no vio a Sammon ni a los policías. Luego retrocedió lentamente, sobre sus pasos, secándose las lágrimas.

—Ya he visto a Domingo —dijeron, de pronto, a su lado.

—¡Hola, señor Link!

Perla tenía la voz dulce, acariciante.

Y al mirar a Peter Link a la cara le pareció que le brillaban los ojos más que de ordinario, y que sonreía burlándose de ella.

—¿No suele pasar tu novio todas las tardes por el camino de Manipul? —añadió él.

Sí, Domingo pasaba todas las tardes por el camino de Manipul para ir hasta allí, y...

Se detuvo bruscamente y preguntó, angustiada:

—Señor Link, ¿usted cree que Domingo puede..., puede haber sido el que... hizo aquello a la señora Benson?

Peter Link se limitó a encogerse de hombros, y respondió, sin dejar de sonreír:

—¿Qué quieres que te diga? Yo no puedo saberlo; pero ya lo ves, se lo llevan detenido...

Perla ya no tuvo duda de por qué habían arrestado a su novio. Sin embargo, no era a él solo a quien habían arrestado. Había otros sospechosos. Otros negros conocidos suyos, vecinos o amigos, que estaban también en el cuartelillo de la Policía.

El barrio negro vivía en una continua zozobra aquellos días, desde lo ocurrido a la señora Benson.

—Si ha sido Domingo, tendrás que esperarle largos años hasta que vuelva de la prisión, si es que piensas casarte con él —sentenció Link.

Perla fue a protestar, a decirle que su novio no podía haber hecho aquello; pero los sollozos le ahogaban. Echó a correr y dejó a Link solo, mirándola, en medio de la acera.

La siguió con la mirada hasta verla entrar al portal de su casa, después sacó un cigarrillo del bolsillo, se lo puso en los labios y salió andando.

Perla había acertado antes: los ojos le brillaban más que de ordinario.

También a Sammon le brillaban los ojos más que de ordinario. Pero el brillo de sus ojos tenía un motivo distinto al que se apreciaba en los de Link: estaba furioso.

De nada le sirvió jurar y perjurar que él no había cometido delito alguno para que le trataran de aquel modo.

Sin decirle palabra de los motivos de su arresto, le dieron un empujón y le hicieron entrar de cabeza al calabozo.

En el calabozo olía a sudor, a humanidad, a suciedad, a negros.

Sammon tardó en acostumbrarse a la semioscuridad del calabozo. Allí dentro no había más que negros.

Negros tendidos en el suelo, unos; otros de pie, arrimados a la pared; algunos en cuclillas, en actitud de fatalista resignación.

Había quien gritaba, aunque nadie le prestase atención, exponiendo las razones de su inocencia.

Otros maldecían.

Semejaban una partida de antiguos esclavos, en espera de ser sacados a pública subasta.

Poco a poco, agobiados por el calor, habían ido despojándose de las prendas de vestir, y mostraban los torsos desnudos y los brazos al aire. El sudor les resbalaba por las carnes morenas, y el miedo ponía aullidos de temor en las gargantas doloridas de tanto gritar, de tanto quejarse.

Domingo Sammon, un negro más entre los negros, se arrimó a la pared y miró en derredor con curiosidad. No dijo nada. Simplemente miró y vio muchos pares de ojos observándole.

Presintió infinidad de preguntas en los labios cerrados de los hombres de su raza. O tal vez sólo una: ¿Has sido tú?

Y entre los hombres que le miraban y preguntaban sin preguntar podría estar el bárbaro que hizo aquello a la señora Benson.

Adivinó por qué le habían llevado allí, por qué le miraban con insistente curiosidad, como si no le conocieran, y por qué todos se formulaban una misma y única pregunta: ¿Has sido tú?

Ahora se la formulaba él también a los demás, a aquel que tenía a su lado, convertido en un río de sudor.

Al otro que no hacía más que gritar y gritar hasta desgañitarse. Al de más allá; silencioso, hermético.

Al que, en cuclillas en medio del calabozo, parecía rezar o rezaba una eterna letanía, colgándole la camisa, suelta, por fuera del pantalón.

A todos y a cada uno en concreto les formulaba, mentalmente, la pregunta.

Uno saltó de pronto de un rincón y se le acercó con los puños cerrados.

—Domingo —dijo—, tú pasas todos los días por el camino de Manipul, ¿no es eso?

Sammon empezó a sudar también. Nunca había sudado tanto como entonces. Al oír aquello, tuvo la impresión de que le acusaban, e incluso llegó a sentirse culpable bajo las miradas inquisitivas de tantos ojos clavados en él.

—Contesta —gritó otro—. ¿Verdad que pasas todas las tardes por el camino de Manipul?

Procuró serenarse. Se arrimó más a la pared y respondió:

—Sí, paso todas las tardes por el camino de Manipul; pero ¿eso qué tiene que ver?

El que primero había hablado, larguirucho y feo, le acercó la cara a la suya, y graznó:

—Claro que tiene que ver. ¿Por qué no puedes haber sido tú el que ha hecho lo de la señora Benson, y ahora estamos nosotros pagando tus culpas?

Sammon alargó un brazo y cogió al que le acusaba por la pechera de la camisa.

Ya no temía a nada. El que pasase todas las tardes por el camino de Manipul no quería decir que tuviese que ser él quien hizo lo de la señora Benson.

—Calla, Tommy, o te rompo a cara —amenazó—. No soy ningún cardo, como tú, para hacer esas cosas. Por el camino de Manipul puede pasar cualquiera. Tú, por ejemplo...